

NATALIA LORCA  
BILOGÍA ÁMAME  
SEGUNDA PARTE

La verdad  
de tu  
*mirada*

Natalia Lorca  
**LA VERDAD DE TU MIRADA**

BILOGÍA ÁMAME  
SEGUNDA PARTE

NATALIA LORCA

BILOGÍA ÁMAME  
PRIMERA PARTE

La verdad  
de tu  
*mirada*

 kamadeva  
*pasión*



© Natalia Lorca  
© Kamadeva Editorial, septiembre 2022

ISBNpapel : 979-88-492682-9-3  
ISBN ePub: 978-84-124240-2-7

[www.kamadevaeditorial.com](http://www.kamadevaeditorial.com)

Editado por Bubok Publishing S.L.  
[equipo@bubok.com](mailto:equipo@bubok.com)  
Tel: 912904490  
C/Vizcaya, 6  
28045 Madrid

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*«El alma que hablar puede por los ojos,  
también puede besar con la mirada».*

Gustavo Adolfo Bécquer

## Índice

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[CAPÍTULO DIEZ](#)

[CAPÍTULO ONCE](#)

[CAPÍTULO DOCE](#)

[CAPÍTULO TRECE](#)

[CAPÍTULO CATORCE](#)

[CAPÍTULO QUINCE](#)

[CAPÍTULO DECISEIS](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

## CAPÍTULO UNO

Michael sujetaba mi cuello sin ejercer presión y me besaba intensamente mientras mis manos recorrían su espalda, su beso era apasionado, como siempre, sus finos labios reconocían a los míos y nuestras lenguas danzaban expertas.

*Lo deseaba.*

Nuestro beso se convirtió en urgencia y ambos necesitábamos más. Sus manos se alejaron de mi cuello para mirarnos. Entonces su mirada se endureció. De repente algo cambió y ya no sentí deseo por él, sino ira, quería abofetearlo, pero su mano sobre mi muñeca evitó mi arrebato de violencia.

Entonces algo me alejó de allí.

Un sofoco me asaltó y oí:

—Lara... — la voz de Tom, al otro lado de la puerta.

Mis sentidos se aguzaron, despertando y volviendo lentamente, poco a poco, a la realidad.

—Lara, despierta... —volvió a decir dando dos suaves golpes en la puerta.

Él era mi despertador cada mañana.

—Bajo en un momento —contesté removiéndome y con la voz algo ronca.

Me resistía a abandonar la placentera cama a pesar de los desafortunados sueños recurrentes, los días de calma me habían ayudado con la ansiedad, al menos a ratos, las rutinas establecidas controlaban mis nervios y mis fantasmas. Tom preparaba el desayuno cada mañana y yo la comida.

Dábamos paseos por el bosque donde aprovechaba para tomar algunas fotografías, a veces del paisaje, a veces de él, mi supuesta profesión me mantenía ocupada. La cámara profesional que él me había regalado sacaba muy buenas fotos, así que, poco a poco, me había convertido en autodidacta con ella.

Desde luego Tom era un modelo fantástico, no le hacía mucha gracia, pero tenía un atractivo natural, era como si pudiese ver a través de él... Confieso que me dejaba divertirme a su costa sacándole muchas fotos, obligándole a posar, haciéndole reír... era un juego de niños para nosotros.

A veces me arrebatava la cámara para hacerme miles de fotos en un solo disparo, para, por supuesto, devolverme el favor.

Algunas noches, después de cenar, aprovechando la calidez de las noches de verano, Tom y yo nos sentábamos en la hamaca del porche y me oía leer poemas de Emily Dickinson.

Otras veces mirábamos películas, Tom prefería las de terror y con tal de no ver una película romántica soporté varias espeluznantes escenas, que, por suerte, no contribuyeron a mis pesadillas... con mi propia historia de terror, poco ya me podía espantar. Juntos bebíamos cerveza a morro, reíamos como adolescentes, oíamos a John Denver o Kenny Rogers, que retumbaban por todas las paredes, algunas veces salíamos a pasear por el pueblo. Parábamos en Mirkos a comer *pizza* hasta hincharnos y, ocasionalmente, Tom cogía mi mano... a mí me parecía de lo más natural, me sentía cómoda con el contacto de sus suaves dedos, comenzaba a ser una rutina con la que estaba a gusto.

En sociedad era el único momento en que me decía Emily, en la intimidad de la cabaña volvía a ser Lara. A pesar de las circunstancias, mi nombre sonaba tan bonito en sus labios que nunca dije nada, quería que se sintiera cómodo conmigo, tanto como yo con él. Después de todo estaba allí conmigo, y en ese entonces me parecía que era la única persona que me conocía en realidad, a veces incluso más que yo misma.

En la cabaña de Nevada City, Tom y yo habíamos formado un buen equipo, hacía algo más de un mes que estábamos allí y su hombro había mejorado tanto como mi humor. Agradecía al cielo, a los Dioses y al universo entero por tenerle a mi lado, Tom era comprensivo, sabía darme mi espacio y mi tiempo, sabía coger con paciencia los hilos de mi deshilachado vivir, para sujetarme lentamente.

Pero no dejaba de pensar que era injusto y egoísta no mencionarle que retomara su trabajo, aunque quedarse allí era parte de ello también. No hacía falta que me dijera que aspiraba profesionalmente a mucho más, yo ya lo sabía, y no podía ser mi niño para siempre, tenía una vida... él sí la tenía.

A cada insistencia mía, se limitó a regalarme una sonrisa franca, transmitiéndome con ella seguridad.

Era tan obstinado como yo.

\*\*\*

Después de desayunar fuimos al mercado Bonanza y aparcamos la furgoneta justo enfrente, se notaba más concurrido de lo normal. Mientras avanzábamos por los pasillos del recinto, Tom me explicó que en verano pasaban muchos turistas por allí de paso al lago Tahoe.

Cerré un momento los ojos,

*Tomar sol, relajarme en alguna tumbona junto al lago...*

—Demasiada gente —murmuró cerca de mí, adivinando mis pensamientos.

Los abrí de nuevo.

Tenía razón, apenas habían pasado unas cuantas semanas, no sabíamos cómo seguían las cosas en Nueva York, teníamos desconexión total, ese era el trato. Hasta al menos 3 meses más, donde Tom estaba obligado, bajo un estricto protocolo de seguridad, a presentarse ante el juez.

Simplemente asentí ante su mirada atenta y leyó en mis ojos el desasosiego por unos instantes.

Avanzó un par de pasos por el pasillo, llevando la cesta de la compra entre sus hermosas manos y luego giró con su encantadora sonrisa pícara.

— Aunque si lo que te apetece es un baño... se me ocurre dónde ir.

Sonreí victoriosa.

—Pero... será sorpresa —dijo perverso, levantando una ceja, para luego seguir andando. Su rostro afable dispuesto a entretenerme estremecía mi cuerpo, podía sentir literalmente un hormigueo bajando por mi vientre hasta casi llegar a mis rodillas.

Mordí mi labio inferior, ansiosa por cambiar un poco de aire, por pasármelo bien a su lado, a pesar de mis circunstancias y por más actividades que mantuvieran mis pensamientos a raya. Necesitaba todo menos pensar, y Tom se estaba convirtiendo en un perfecto proveedor.

Le seguí animada y dos días después nos subimos con un par de maletas ligeras a la furgoneta camino a una nueva aventura.

Después de unas tres horas hacía el norte, llegamos a Canyon Dam una zona boscosa frente al lago Almanor. Una cabaña pequeña se alzó sobre nosotros nada más aparcar a varios kilómetros de la carretera principal.

Miré a Tom incrédula.

—Es la casa de mi padre, se mudó aquí cuando me fui a Chicago, lleva varios años retirado de la policía —contestó sonriendo, y rápidamente bajó para coger nuestras mochilas—. Le gusta la pesca... y es lo que él llama «un lobo solitario».

Resopló después de aquella confesión.

*Vaya... Un lobo...*

Me bajé contemplando la naturaleza avasalladora y hermosa que nos rodeaba, el sonido de las aves... los rayos de sol sobre mi piel, cogí todo el aire que pude y cerré un momento los ojos mientras exhalaba.

El ruido de una puerta rompió mi ensoñación. Un hombre tan alto como Tom y de rostro afable salía a nuestro encuentro.

—Tom, hijo... —murmuró el hombre mientras se abrazaban.

—Papá... —contestó en su abrazo y luego se acercó a mí—. Ella es Emily...

—Encantada, señor Stokes. —Extendí mi mano.

—William, llámame, William, o me sentiré demasiado viejo... —contestó, estrechando mi mano y mis dedos de manera paternal, riendo.

Definitivamente la sonrisa sincera y franca de Tom le venía de su padre.

Sonreí también y juntos entramos los tres. La cabaña era sencilla, pero acogedora. Olía a hierba recién cortada, a madera y también a café. Tenía una cocina antigua y dos hamacas frente a la chimenea...

En la planta superior Tom dejó mi mochila en una habitación amplia con una cama doble y baño.

—Espero que estes cómoda aquí —dijo, dejando los trastos en el suelo—. El cuarto de mi padre es el de enfrente... y yo dormiré abajo.

Observé un momento la habitación.

—Gracias, Tom —susurré bajito para luego preguntar;

—¿Tú...?

—Sofá... —contestó ya de salida.

Bajé nada más ponerme el bañador debajo de un corto vestido, hacía calor y ansiaba poder acercarme al agua cuanto antes, pero debía de decirle antes a Tom que podía dormir yo en el sofá, al menos algunas noches, no me parecía justo y no quería ser mezquina con él.

Al pie de las escaleras, sobre un pequeño mueble, vi una foto de Tom de pequeño, con unos siete u ocho años, sostenía una caña de pescar en la mano frente a un lago, sonriente, descalzo y con una gorra de Los Angeles Chargers.

Sonreí sosteniendo el portarretrato en mis manos, mientras, a lo lejos oía una conversación indistinta de Tom y William, un poco más atrás, otro portarretrato; una mujer joven sostenía a un pequeño bebé que creí reconocer, probablemente era Tom. Cuando dejaba el objeto nuevamente

sobre el mueble, una bola de cristal con la ciudad de Nueva York paralizó mi corazón... el pequeño objeto brillaba y relucía bajo mis dedos que lo acariciaron.

Por un minuto mi mente viajó al Empire State Building... y Michael estaba a mi lado... solos él y yo en la cima.

Un escalofrío atravesó mi cuerpo y dejé de respirar.

Simplemente, el aire dejó de entrar a mis pulmones.

*Los malditos recuerdos. Mi maldita ansiedad.*

Aquello se vio interrumpido por la voz de William llamándome a lo lejos... o eso me pareció a mí, aunque estaba de pie justo a mi lado.

Le miré un momento ausente, intentando recomponerme, tomando una bocanada de aire.

—Fue un regalo de Tom... —sonrió levemente mirándome directamente a los ojos... pacientemente, esperando que volviera con mi mente a ese momento. —Me lo envió cuando lo destinaron a Nueva York.

—Es preciosa... —articulé, en parte avergonzada, devolviendo la bola a su sitio.

—Yo no soy de ciudad... —dijo elevando sus hombros—, me gusta esta paz, ¿sabes?

—Es un sitio fantástico... gracias por recibirme.

—Me encantan las visitas... últimamente Tom no venía mucho, así que para celebrarlo... —Cogió mi mano para que le acompañara animadamente — nos vamos a pescar algo para cenar esta noche.

Fuera nos esperaba Tom cargando el material y las cañas de pescar en la furgoneta.

Nos observó un momento, subimos al vehículo y muy poco después, ya en la orilla del enorme lago, embarcamos en una lancha amplia de color rojo con techo blanco y de nombre Marie.

Aproveché para quitarme el vestido mientras William conducía la embarcación lago adentro.

Tom se quitó la camiseta y no pude dejar de observar su pecho, su abdomen plano, la fuerza de sus brazos y hombros... y en medio de ese deleite, me vi asaltada por la mirada de sus profundos ojos sobre los míos, sonreímos levemente mientras nos observábamos, él tampoco había dejado de mirarme de arriba abajo... claramente habíamos pasado del soslayo a la mirada devoradora con la misma rapidez con la que la embarcación se abría paso en el agua.

Volviendo a la realidad dije:

—Me gusta el nombre, Marie...

—Era el nombre de mi esposa —contestó William sin mirar atrás.

Observé a Tom, que cambió su expresión rápidamente, ignorándome comenzó a preparar las cañas.

*Vale... tema complicado. Entendido.*

Nos dimos un refrescante chapuzón mientras William puso en fila, sobre un lado de la lancha, las cañas listas para coger algún apetitoso pez. Tom salpicaba mi rostro a ratos, buscándome las cosquillas para poder jugar, ofuscada y alegre a la vez tiré de uno de sus pies hacía abajo, pero el grandullón, con mucha más fuerza que yo, terminó por hundirme a mí.

Nos divertíamos como adolescentes en el lago, que me parecía un inmenso mar como sus profundos ojos verdes.

Hasta podíamos oír la risa de William desde la embarcación... nos lo pasamos realmente bien, hacía mucho tiempo que mis carcajadas no eran tan sonoras y despreocupadas, me parecía que había pasado un siglo desde la última vez que había reído así.

Cuando comenzaba a atardecer, volvimos a la cabaña, teníamos suficiente pescado como para una copiosa cena.

Al llegar allí, antes de subir, no pude evitar mirar hacía la bola, deseaba con todas mis fuerzas no arruinar un día grandioso, pero todos mis músculos se contraían con solo mirar sesgadamente hacía todo lo que podía recordarme a Michael: Chicago, Nueva York, Bali, la pasta con boloñesa, los artículos de lujo, el *whisky*, la música clásica, las corbatas y un sinfín de detalles relacionados con mi antigua yo.

Me di una ducha rápida para poder bajar cuanto antes, ayudar con la cena y alejar fantasmas.

Miré mi reflejo un momento en el espejo de pie frente a la cama. Dejé caer la toalla que cubría mi cuerpo todavía húmedo, tenía algo colorados mis hombros y las mejillas por el sol.

Mi cabello largo, más de lo que nunca lo había tenido, sobrepasaba mis hombros tanto que casi podía cubrir mis pechos con él, seguía siendo tan rebelde como siempre, examinando un poco más me di cuenta de que, aunque había adelgazado algunos kilos, me sentía en buena forma. La cicatriz a un lado de mi vientre cada vez se notaba menos, pero sin duda estaba allí, pasé mis dedos muy suavemente por ella, volviendo a recordar.

Recordándolo todo.

Lo odiaba y, aun así, estaba completamente segura de que yo era verdugo y víctima de nuestra situación.

*Sí, odiaba a Michael y lo deseaba también. Lo deseaba con cada fibra de mi alma y era una verdad absoluta también.*

Pero estaba decidida a arrancarlo de mí, demasiado daño nos habíamos hecho ya.

Necesitaba extirparlo...

\*\*\*

Unos ligeros golpes en la puerta me devolvieron al presente.

Me cubrí rápidamente con la bata y abrí un poco.

Tom se apoyaba en el rellano, recién duchado y oliendo como una ambrosía que se debía devorar, me enseñó un bote de aloe vera en gel, luego dijo:

—Pensé que lo necesitarías...

Le miré incrédula, intentando mantener la respiración.

Porque...

También le deseaba a él.

*Cada vez más.*

—Para los hombros...

—Oh, sí... sí —contesté recomponiéndome.

Abrí más la puerta y cogí de sus manos el bote.

—He pensado que podría dormir esta noche en el sofá... no me parece justo...

Me interrumpió rápidamente.

—No te preocupes... no me importa, veré algún programa cutre hasta dormirme, así que tranquila.

— En serio, no me importaría... —insistí.

— Lara... tú descansa —contestó rotundo acercándose un poco, solo un poco más, pero lo suficiente como para que mis fosas nasales se llenaran de él.

Asentí.

—No te importa que le haya dicho a mi padre que te llamas Emily, ¿verdad?

—Claro que no, tienes que protegerle. Está bien por mí.

Sonrió y sonreí también.